CAPÍTULO III.

Cualidades de una mujer, y en particular de una madre. Su ministerio y sus funciones en la familia. Los hombres, en el órden espiritual, no pueden existir sin una madre.

Ya es tiempo de principiar á explicar las bellas palabras que Jesucristo dirigió á María y á San Juan, y esto en su sentido más noble, en el sentido que nos toca más de cerca y que forma el objeto de nuestro trabajo.

Para trazarnos un camino en esta explicacion, observaremos desde luégo que en el órden natural pudo Dios desde el principio haber criado al hombre de tal manera que él solo bastase para la reproduccion y la conservacion de su especie. Mas la Sabiduría divina quiso disponerlo de otro modo. No es bueno, dice, que el hombre esté solo en la tierra (1). Despues de haber declarado con estas graves palabras la necesidad que tiene el hombre de educarse y de vivir en sociedad, quiere darle una compañera semejante á él, no sólo porque es de su misma naturaleza, sino porque es tambien de su misma sustancia (2). El quiere darle una ayuda, un ministro con cuyo auxilio pueda conservar y multiplicar su especie, y forma la mujer, por

(1) Non est bonum hominem esse solum. (*Genes.*, II, 18.)
(2) Faciamus ei adjutorium simile sibi. (*Ibid.*)

una operacion misteriosa é inefable, de una porcion del cuerpo mismo del hombre (1).

Debemos admirar aquí cuán extraordinarias y singulares son la existencia, el ministerio, el destino y las cualidades de la mujer.

En primer lugar la mujer es un sér misterioso. El hombre encuentra en su fuerza y en su vigor una gran parte del imperio que ejerce; pero no sucede así á la mujer: ella reina por su propia debilidad, ella encanta por su timidez, ella impone por su pudor.

La mujer es como un sér múltiple, y por decirlo así, como una doble naturaleza. Colocada en la familia entre el hombre y el niño, entre el padre y el hijo, participa de la naturaleza y de la condicion del uno y del otro. Participa de la naturaleza del hombre por la razon y por la inteligencia, y de la naturaleza del niño, como todos los fisiólogos lo han notado, por la delicadeza de los órganos, la movilidad de las fibras, la irritabilidad de los nervios, la timidez del carácter y la ligereza del temperamento. Ella participa de la naturaleza del padre, porque, con él y como él, es independiente de sus hijos y les manda; ella participa de la naturaleza del hijo, porque está sujeta, lo mismo que él, al padre y le obedece. De este modo participa de los dos extremos y los reune en sí misma. Ella es, pues, el término medio, el centro y el vínculo de la sociedad doméstica. Ella reune los dos elementos más

(1) Et ædificavit... in mulierem... de viro sumpta est. (*Genesis*, II.)

apartados, los pone de acuerdo y forma ese todo que llamamos familia.

Mas, respecto á las relaciones morales que forman la base de una sociedad de séres racionales, la mision de la mujer es mucho más preciosa é importante.

Efectivamente, está en la naturaleza de todos los séres inteligentes que el sér inferior, el sér débil no se aproxime ni se aficione al sér superior, al sér noble y fuerte, sino en tanto que éste se incline, por decirlo así, descienda hasta él y le manifieste préviamente su afecto.

Por consiguiente, si el niño no le habla sino porque sus padres le han hablado ántes, tampoco los busca ni los ama sino porque ellos han sido los primeros en buscarle y en amarle; y si la palabra de sus padres despierta su inteligencia y le enseña á discurrir, el amor paternal excita igualmente su corazon y le enseña á amar.

Pues bien, este ministerio tan difícil, pues que se trata de disponer para la confianza el corazon tímido de un niño, y de inclinar al amor el corazon independiente de un padre; este ministerio tan sublime y tan importante, pues que estos sentimientos son los únicos que pueden aproximar á dos séres tan apartados como el padre y el hijo, y que son el principio y la base de las relaciones establecidas entre ellos; este ministerio, repito, es propio y exclusivo de la madre. La madre es la primera que manifiesta y revela á su hijo la persona de su padre, y la que hace gustar y saborear al padre

las tiernas caricias y la inocente sonrisa de su pequeño hijo. La madre es la que alienta á la debilidad para que busque á la fuerza y se aproxime á ella sin temor, y hace que la fuerza se doblegue hasta buscar á la debilidad y acomodarse tiernamente á ella.

Sin el auxilio de esta mediacion, de esta industria de una madre (ó de la que está en lugar de madre), que empequeñecen, por decirlo así, al hombre hasta llegar al niño, y engrandecen al niño hasta llegar al hombre, el niño miraria siempre al hombre con miedo, y el hombre miraria siempre al niño con indiferencia.

La madre es la que inspira y hace nacer la confianza y el amor entre el padre y el hijo; ella es tambien la que la enardece si llega á resfriarse, y la reanima y la renueva si llega á extinguirse. La madre es la que excusa, defiende y protege al hijo culpable ante el padre irritado; ella calma la indignacion de éste, templa su rigor, detiene el efecto de sus amenazas, aparta el castigo y obtiene el perdon. La madre es la que hace valer los derechos, la razon y la autoridad de un padre ofendido ante un hijo prevaricador; la que alcanza la sumision de éste y le inspira el arrepentimiento. Ella no tiene paz ni sosiego miéntras no consigue una reconciliacion entre el padre y el hijo, y restablece entre ellos la antigua armonía. La madre es, por lo mismo, en la familia la mediadora natural de la reconciliacion, la mensajera del perdon y el árbitro de la paz.

Ademas, al padre es á quien pertenece, como á una

providencia, por decirlo así, general, proveer á las necesidades de la familia. Mas estas necesidades no pueden ser conocidas ni comprendidas en sus más pequeños detalles sino por la madre. El instinto prodigioso de su ternura se las revela. Ella las adivina, las previene, las toma á su cargo, las manifiesta al jefe de la casa, se las explica, y reclama su remedio; ella no se vale de su ascendiente sino para ayudar, ni de su autoridad sino para proteger, ni de su carácter de madre sino para ser el ministro de la beneficencia y la dispensadora de la bondad del padre. Todo esto, dice Santo Tomas, explica la denominacion latina del matrimonio (1). Denominacion formada de dos palabras que recuerdan el oficio y el cargo de la madre, porque los cuidados particulares de la familia y de los hijos pertenecen más bien á la madre que al padre; esta es una de las razones por que fué criada la mujer, y por esta causa tambien ella es la que naturalmente se dedica más al cuidado de los hijos.

Todas las cargas impuestas por la naturaleza á la mujer son relativas á los tiernos sentimientos del corazon, que son el principio y el fin, y el medio ejecutivo de ellas. La mano de Dios, al formarla, se los dió en abundancia, y casi puede decirse que estos sentimientos constituyen el fondo de su sér. En efecto, lo que

(1) Matrimonium dicitur quasi matris munium, id est officium quia mater magis pertinet ad rationem ejus quam pater, quia mulier principaliter facta est propter hoc, non autem vir, et mulier circa prolem magis est officiosa. (IV, *Distinct.*, 27, 9, 1.)

le falta en fuerza de inteligencia, lo tiene en energía de sentimientos; ella está compensada de la débil capacidad de su espíritu con la grandeza y la generosidad de su corazon; el instinto maternal le sirve de penetracion; ella comprende ménos, pero siente más; ella obra mucho porque ama mucho y porque todo su ministerio se reduce á amar; ella es la ternura misma. Así es como el Criador ha dado á todos los séres las cualidades necesarias al cumplimiento del fin para que los ha formado.

Esta es la razon por qué no se encuentra en la naturaleza un amor más tierno y más enérgico al mismo tiempo, más firme y afectuoso, más contrariado y más constante, más combatido y más generoso que el de una madre. Cuantos más disgustos sufre por sus hijos, tanto más los ama; cuantos más dolores, más trabajos y más sacrificios le cuestan, tanto mayor es su afecto y su ternura para con ellos; cuanto más defectuosos y disformes son ellos, tanta mayor compasion le inspiran; cuanto más incómodas, más repugnantes y más contagiosas son sus enfermedades, más léjos está ella de abandonarlos. Todo amor natural cede y se debilita en ciertas circunstancias; sólo el amor maternal es el que no cede jamas, jamas se desalienta, jamas se cansa. El solo triunfa de todo y está á prueba de todo; él saca fuerzas de sus propios padecimientos; cuanto más angustiado y afligido se encuentra, tanto más activo y más enérgico se hace.

Esta es, finalmente, la razon por qué no hay una

palabra más dulce, más agradable ni más tierna que la de *madre*. Ella habla al corazon, y no habla sino al corazon, porque sólo revela la confianza y no respira otra cosa que amor. La palabra *padre* es tierna y dulce sin duda alguna; mas, con la idea de un amor generoso y fuerte, recuerda tambien la severidad y justicia, que pertenecen al padre, como al juez natural de la familia, de que es cabeza. Mas siendo el ministerio de la madre un ministerio sólo de bondad, de paz, de misericordia y de amor, el nombre de madre es tambien el símbolo del amor; él no es otra cosa que dulzura y delicias para la lengua que lo pronuncia, lo mismo que para el corazon que lo siente.

Es indudable que el órden natural y visible es en su realidad misma el símbolo y la figura del órden espiritual y divino. En efecto, la redencion del mundo por la efusion del espíritu de Dios en los corazones helados de los hombres es llamada en la Escritura una creacion nueva (1). Y nuestra vocacion á la fe y á la gracia es llamada una generacion, un nacimiento feliz, que nosotros hemos recibido de Dios (2).

Supuesto que hay semejanza é identidad en los términos, es necesario que haya tambien semejanza é identidad en las ideas y en las cosas. Es claro, segun el lenguaje de los libros santos, que la vida y la gracia

(1) Emittes Spiritum tuum, et creabuntur. (*Psalm.*, CIII, 30.) Nova creatura. (II, *Cor.*, V, 17.)

(2) Genuit nos verbo veritatis. (*Jac.*, I, 18.) Qui ex Deo nati sunt. (*Joan.*, I, 13.)

se trasmite, se conserva y se perpetúa por unos medios muy nobles, misteriosos y sublimes, pero análogos á aquellos por los que se perpetúa la vida de la naturaleza; y que hay una generacion puramente espiritual y divina, que nos hace nacer para el cielo, así como hay una generacion carnal, que nos hace nacer para la tierra. Esta vida natural principió por un hombre que fué unido por Dios criador á una mujer; por consiguiente, la vida espiritual debió tener tambien por principio un Hombre unido á una Mujer por Dios redentor. Es decir, que así como en el órden temporal, ademas del padre, principio de la vida, tuvimos una madre, por cuyo medio se nos trasmitió la vida; del mismo modo en el órden espiritual, ademas del Padre, autor y principio de la gracia, que es Jesucristo, debimos tener igualmente una Madre por cuyo medio nos fuese dada la gracia, y esta Madre es María.

El Dios lleno de bondad, que en el órden temporal quiso que cada hombre tuviese en su madre, segun la carne, un vínculo de union, un canal de beneficencia, una mediadora de reconciliacion, un medio de defensa, un motivo de confianza y de amor para con un padre terreno; este Dios en el órden espiritual, en el que ha esparcido con mucha más abundancia las riquezas de su misericordia, no ha podido rehusar á los cristianos en el órden espiritual, un lazo de union, un canal de beneficencia, una mediadora de reconciliacion, un medio de defensa y un motivo de confianza y de amor para con el Padre celestial. ¿Y cómo, sin ofender á la

infinita bondad de Dios, que quiso proveer tan copiosa y abundantemente á nuestra redencion (1), puede concebirse que haya preparado en la persona de nuestra madre terrena un remedio para todas nuestras necesidades temporales, un auxilio, una ayuda y un apoyo, y que no haya hecho otro tanto respecto á nuestras necesidades espirituales, que no nos haya proporcionado los consuelos, los auxilios, la asistencia y la mediacion de una Madre celestial?

(1) Copiosa apud eum redemptio. (*Psal.*, CXXIX, 7.)

CAPÍTULO IV.

Jesucristo debió comprendernos en la donacion que hizo de María á San Juan por Madre. Razones por las que el Salvador, en ciertas ocasiones, se olvida al parecer de María. Habiéndonos tenido presentes en todas las ocasiones de su vida, no pudo olvidarnos en una de las más importantes disposiciones de su muerte.

Esto es precisamente lo que hizo Jesucristo cuando desde lo alto de la cruz dijo á San Juan, indicándole á María: Hé ahí tu Madre.

No es, pues, cierto que el insigne privilegio de tener á María por Madre sea propio y personal de San Juan, y que nosotros no entremos para nada en el misterio de esa feliz adopcion. No es, pues, cierto que Jesucristo, en esta amorosa delegacion, no tuviese otro designio que el de dar á María un apoyo, á Juan una recompensa y á nosotros un ejemplo, y que debiéndonos contentar con echar sobre el discípulo amado una mirada de santa envidia, no pudiésemos llevar nuestros deseos á mayor altura ni aspirar á tener la más pequeña parte en el afecto maternal de María. No será, pues, verdad que nosotros, hijos infortunados de Eva pecadora, no tenemos en el órden espiritual de la gracia y de la salvacion otra madre que una parricida, de quien recibimos la muerte al mismo tiempo que la vida, y que nada tenemos de comun con Eva ino-